Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

LA MISION DE LOS INFIELES

Valor del alma a la luz de la fe

APOSTOLADO MARIADO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

INDICE

PRESENTACION 3
El problema misional 5
Enseñanzas de Jesucristo 6
¿Cómo resolver el problema misional 8
La gran figura de San Francisco Javier 10
Carta de San Francisco Javier 11
¿Qué valor tiene un alma? 13
El alma a los ojos de Dios y de los Santos 15
Ejemplos edificantes .16
El alma está en peligro 18
Nosotros no podemos menos de hablar (Hech4,20) . .20
¿Qué podemos hacer por la salvación de las almas? 21
Un cuadro conmovedor 24
Lo que hacía un niño por las misiones 25
Valor de predicación del Evangelio 27
Todos podemos ser misioneros 28

ISBN:84-7770-337-X - D.P. Gr. 405-97-CGA, S.L.
Impreso en España -Printed in Spain

PRESENTACION

Juan Pablo II en su encíclica "Redemptoris missio" empieza diciendo: "Siento imperioso el deber de repetir el grito de San Pablo: *"¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!"* (1 Cor. 9,16), pues ante el grandísimo número de los que aún no conocen a Cristo, ningún creyente, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo de anunciar a Cristo a todos los pueblos..La misión atañe a todos ellos.

Jesucristo envió a sus Apóstoles a todas las personas y a todos los lugares de la tierra, y por medio de ellos la Iglesia recibió una misión universal que no conoce confines y concierne a la salvación de todos: *Id por el mundo entero predicad el Evangelio a todas las gentes...*

La Iglesia no puede sustraerse a la perenne misión de anunciar el Evangelio a cuantos -y son millones de hombres y mujeres- que no conocen todavía a Cristo Redentor de los hombres.

La labor misional de la Iglesia inspira espontáneamente esta pregunta: ¿Qué será de los millones y

millones de hombres a los cuales no ha llegado la luz del Evangelio? Si Jesucristo nos dice: *"El que creyere (el Evangelio) se salvará y el que no lo creyere se condenará"*. ¿Acaso no pesará sobre nosotros creyentes, conocedores del Evangelio, que tenemos fe, el deber de hacer lo posible por llevarlo a los que no lo conocen para que teniendo ellos fe en Jesucristo y en su doctrina se salven?

¿Cómo llevar la fe a tantos millones de infieles para que se salven? ¿Qué valor tienen cada una de sus almas? ¿Cómo no hacer lo posible para que no se pierdan? A este fin hablaremos del problema misional, de las enseñanzas de Jesucristo, del valor que tienen nuestras almas redimidas por el mismo Jesucristo y de la universalidad de la salvación... ¡Ojalá que estos pensamientos muevan a alguno de mis lectores a ser verdaderos misioneros!.

BENJAMIN MARTIN SANCHEZ

Zamora, 1 Enero 1996

EL PROBLEMA MISIONAL

Empecemos por plantearnos este problema de capital importancia. El Domund= Domingo Mundial de la Propagación de la fe, fue instituido por el Papa Pío XI en 1926, para llamar la atención a todos los fieles, o sea, de cuantos tienen fe en favor de los infieles o que carecen de ella.

Con esto se plantea el misterio de la salvación de los infieles, el cual se funda en la voluntad salvifica de Dios y en la necesidad de la fe para salvarse.

Pío XI, muy preocupado por este problema misional, dijo entonces: “Ante el pensamiento de que hay muchos millones de infieles, no podemos dar descanso a nuestro espíritu, antes bien, nos parece perseguir aquella voz del profeta Isaías: *“Clama, no ceses... eleva tu voz como trompeta...* ¡Qué grave es la responsabilidad que pesa sobre nosotros, si un solo misionero tiene que detener su paso por falta de aquellas ayudas que podríamos haberle prestado nosotros!”...

“Nadie puede ser tenido tan pobre y desnudo, nadie por tan débil, hambriento o sediento como el que carece del conocimiento y de la gracia de Dios”.

No debe extrañarnos que ante tantas necesidades y miserias del mundo infiel, Santa Teresa del Niño Jesús exclamase: "¡Quisiera ser misionera hasta el fin de los siglos...!". De esta Santa se dice que estando enferma, la Hermana enfermera le aconsejó que diariamente se paseara un cuarto de hora por el jardín. La Santa recibió el consejo como si fuera un mandato. Un día iba andando con dificultad, le dijo otra Hermana: "Mejor sería que descansara; el paseo en tal estado no puede aprovecharle. Se agotará". Sí, tiene usted razón, pero ¿sabe lo que me comunica fuerzas? Ofrezco el paseo por un misionero. Pienso que allá lejos, uno de ellos está quizás agotado de sus andanzas apostólicas, y para mitigar su fatiga, ofrezco yo la mía a Dios".

Enseñanzas de Jesucristo

A muchos de los que oyen hablar de otra vida después de ésta y de cosas sobrenaturales, por estar muy inmersos en la tierra en que habitamos, yo les he oído decir: "Nadie ha venido del otro mundo", y porque les cuesta creer en cosas que no han visto con sus ojos, todo lo vienen a negar y no le dan crédito.

Mas conviene saber -y hablo para gente sencilla- que ese Dios Creador del cielo y de la tierra, o sea del

mundo y del hombre, quiso hacerse hombre y vino a la tierra por medio de una Virgen, la Virgen María y nació en Belén de Judá, pasó su vida oculta en Nazaret, y a los 30 años empezó su vida pública y recorrió todos los pueblos de Palestina, el Israel de hoy, e hizo en ellos, según iba predicando o enseñando su doctrina a todos, muchísimos milagros, pues curó toda clase de enfermedades, dando vista a los ciegos, habla a los mudos, resucitando muertos, etc... cuyos milagros podéis ver consignados en los Evangelios, y con ellos demostró que tenía un poder omnipotente, que no era un simple hombre, sino a la vez Dios.

Eligió discípulos y de entre ellos a doce apóstoles con los que fundó su Iglesia, y al frente de ellos puso a San Pedro. Los sucesores de Pedro son los Papas, y los sucesores de los apóstoles son los Obispos, y a todos ellos les dijo: *"Id por el mundo entero, predicad el Evangelio a toda criatura, el que creyere (el Evangelio) y se bautizase, se salvará, y el que no creyere, se condenará"* (Mc.16,15-16). Además les dijo: *"Enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas a guardar todo cuanto os he enseñado. Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo "* (Mt.28.19-20).

De este mandato de Cristo arranca la Iglesia misionera. *"Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad"* (1 Tim.2,4), y *la Verdad* es Cristo, por cuanto Él dijo: *"Yo soy el Camino, LA VERDAD y la Vida"* (Jn.14,6); pero son muchos los que no conocen a Jesucristo y su doctrina...; son millones y millones de infieles, muchísimas las almas que se pierden por no conocer la doctrina de Jesucristo y practicarla.

¿Cómo resolver el problema misional?

A esto respondemos: Lo primero y principal es, conforme al dicho de Jesucristo *"rogar al Señor de la mies"* (Mt.9,37-38), porque la mies es mucha, los paganos o infieles son muchísimos, y los obreros o predicadores del Evangelio son pocos, y son necesarios éstos para que les enseñen la doctrina de Jesucristo, la que tenemos compendiada en el Evangelio, y creyendo en ella se salven.

Además es necesario responder al llamamiento de Cristo: *"Id, predicad el Evangelio a todas las gentes y bautizadlas..."*. Hacen, pues, falta muchos misioneros para que den a conocer las enseñanzas de Jesucristo, y para que conociéndolas y bautizándose sean salvos los infieles.

Y finalmente necesitamos "ayudar a las misiones con medios materiales que estén a nuestro alcance", pues en los paises que se van misionando a los infieles es necesario levantar iglesias, construir escuelas, pagar a los misioneros para su sustento.

Pío XII y los Papas siguientes siguen advirtiéndonos que el deber misionero de la Iglesia arranca del dicho mandato de Jesucristo: *"Id, enseñad a todas las gentes..."*, y conforme a este mandato es necesario que surjan misioneros que vayan por todo el mundo, para que anuncien la verdad salvadora, y este deber compete a toda la Iglesia de Cristo por ser "sacramento universal de salvación".

En consecuencia, la vocación misionera es propia de toda la Iglesia, por ser ésta fundada por Cristo para ser "católica", universal...

Al ser grandísima la miseria material y espiritual de los paganos por vivir alejados del conocimiento de la verdad de Dios que vino a redimirnos... ¿qué hacemos los verdaderos creyentes por los que carecen del don de la fe?

Como dijo ya en su día Benedicto XV: "Para agradecer a Dios el don de la fe que de Él hemos recibido, deber nuestro es contribuir a comunicar a otras almas esa misma fe... La fe, ciertamente, es un compromiso misionero y nos lo exige nuestro carácter bautismal..."

La gran figura de San Francisco Javier

El ejemplo de Francisco Javier debe ser un estímulo para todos en favor del problema misional. Empecemos por decir ¿quién fue Francisco Javier? Nació en Javier, en 1506. A los 18 años fue a estudiar a la Universidad de París y en 1528 obtiene la licenciatura. En la Universidad se encontró con San Ignacio de Loyola, el cual empezó a preguntarle de este modo: -Javier, estudias con mucho provecho y alabanza, lo celebro., Pero ¿qué esperas de tus estudios? -Espero una profesión honorífica- ¿Y después? -Después seré feliz- ¿Feliz? -¡Cuánto le compadezco! -¿Por qué? Porque la verdadera felicidad no está en la tierra.

Francisco le contestó: Bueno, a lo menos estaré en el mundo lo mejor que se puede. ¿Y después? -replicó de nuevo San Ignacio en un tono severo; el joven enmudeció, y prosiguió el santo: Y después *¿de qué te servirá haber ganado todo el mundo, si al fin pierdes el alma?*

Javier conmovido por estas palabras, entró dentro de sí mismo, conoció la vanidad de todas las cosas del mundo y cambió al momento de modo de pensar. Sin más, siguió a San Ignacio, se hizo sacerdote misionero y fue a las Indias a predicar a aquellos pue-

blos bárbaros, pasó luego al Japón, y después de haber convertido a cerca de tres millones de infieles, murió en China. Muchísimo pudiera hablar de Francisco Javier, pero voy a transcribir una de sus muchas cartas que escribió, pareciéndome muy notable la que escribiera en Cochin de la India, costa de Malabar, a sus compañeros residentes en Roma, de cuya carta entresaco lo siguiente:

Carta de San F. Javier

"Muchos cristianos se dejan de hacer en estas partes, por no haber personas que en tan pías y santas cosas se ocupen. Muchas veces me mueve pensamientos de ir a los estudios de esas partes, dando voces, como hombre que tienen perdido el juicio, y principalmente a la universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas: ¡cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos! y así como van estudiando en letras, si estudiasen en la cuenta que Dios nuestro Señor les demandara de ellos, y del talento que les tiene dado, muchos de ellos se moverían, tomando medios y ejercicios espirituales para conocer y sentir dentro en sus ánimas la voluntad divina, conformándose más

con ella que con sus propias afecciones, diciendo: "Señor, aquí estoy, ¿qué quieres que yo haga?. Envíame donde quieras; y si conviene aún a los indios...

Pongo por testigo a Dios, que viendo que yo no podía por mi mismo volver a Europa..., estuve casi movido a escribir a la universidad de París y en particular a nuestros doctores Corneo y Picardo, habiéndoles conocer cuantos millares de bárbaros, sin dificultad ninguna, se podían reducir al gremio de la Iglesia, si hubiese aquí muchos hombres de aquellos que no buscasen sus conveniencias e intereses propios; sino sólo los de Jesucristo. Es tanta la multitud de los que se convierten a la fe de Cristo en esta tierra donde ando, que muchas veces me acaece tener cansados los brazos de bautizar, y no poder hablar de tantas veces decir el Credo y los mandamientos en su lengua de ellos y las otras oraciones, con una amonestación que sé en su lengua, en la cuál les declaro qué quiere decir cristiano y qué cosa es paraíso y qué cosa infierno, diciéndoles cuáles son los que van a una parte y cuáles a otra. Sobre todas las oraciones les digo muchas veces el Credo y mandamientos; hay día que bautizo todo un lugar, y en esta costa donde ando, hay treinta lugares de cristianos...".

Lo dicho anteriormente es lo entresacado de una

carta bastante larga de San Francisco Javier y de ésta como de otras muchas podríamos sacar cosas edificantes.

Las primeras noticias de *Javier* causaron en todas partes sensación indescriptible; las copias se multiplicaban y corrían de mano en mano. "Comenzando por el Papa (dice el P.Casanovas), y bajando hasta los bancos de las aulas universitarias, todo el mundo quedó maravillado. Aquella carta dio la vuelta al mundo y se puede decir con razón que Javier no había hecho menos fruto en España y Portugal con su carta que en las Indias con su doctrina". Con aquella carta se decidió la vocación del *P. Jerónimo Nadal* y de otros más...

¿Qué valor tiene un alma?

El alma es un tesoro inestimable por haber sido creada *a imagen y semejanza* de Dios y por haberla Él dotado de una gran riqueza como lo revelan sus facultades: el entendimiento, la memoria y la voluntad, siendo por lo mismo todo hombre capaz como Dios de conocer, amar y obrar libremente.

El precio del alma procede de su misma naturaleza, pues es espiritual, superior a la materia, principio vital de nuestro ser humano, y porque es espiritual es

también inmortal. Jesucristo dice: *"No temáis a los que matan el cuerpo, que al alma no pueden matarla, temed más bien a Aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehenna (=infierno)* (Mt.10,28). Por eso en el libro de la Sabiduría leemos: *"Dios creó al hombre para la inmortalidad"* (2,23).

San Agustín ensalza tanto al alma que escribe: "De oro se dice que es el alma, porque fue hecha a imagen y semejanza de Dios" (Ant. de Pad. 5,dom.23).

El precio del alma procede también *de su elevación al orden sobrenatural,* pues con la gracia santificante es extraordinariamente rica el alma y puede obtener la vida eterna.

Si preguntamos ¿por qué descuidamos tanto los intereses del alma? Sin duda tendremos que responder: Porque nos fascinan los bienes sensibles y no meditamos con frecuencia que el alma vale más que todos ellos.

San Bernardino de Sena hablando del valor de un alma en gracia, dice: "Aunque hubiese tantos cielos creados como gotas en el océano, toda su hermosura reunida no sería nada, comparada a la de un alma en estado de gracia". ¿Por qué? Por que la belleza creada tiene límites; en cambio la belleza del alma en estado de gracia participa de la infinita hermosura de

Dios". No es de extrañar que los misioneros trabajen incansablemente por la salvación de las almas inmersas en el paganismo.

El alma a los ojos de Dios y de los Santos

El alma es un tesoro y más que todos los tesoros de la tierra y más que el mundo entero según la frase de Jesucristo: "*¿De qué le vale al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?*" (Mt.16,26).

Jesucristo antepone la salvación del alma a todo lo demás, al mundo entero porque el alma no puede recuperarse si la perdemos. ¿Con qué cambio podrá el hombre rescatarla, una vez perdida?.

¿Qué hizo Dios para salvar las almas? "Por nosotros y por nuestra salvación descendió de los cielos y se hizo hombre" para poder sufrir, y de hecho sufrió una pasión ignominiosa hasta morir en una cruz, y ¡sólo por salvar nuestras almas!. Como dice el apóstol San Pedro: "*Cristo nos redimió, no con oro o plata, cosas corruptibles, sino con su preciosa sangre, como cordero inmaculado, sin mancha*" (L. Ped.1,18-19). "*Cristo padeció por nosotros... y llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz... y por sus heridas hemos sido curados*" (1 Ped.2,21-22). La Pasión de Cristo por salvar las

almas es obra del infinito amor de Dios. *"Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo para que todo el que crea en Él no perezca"* (Jn.3,16).

Dios ama al hombre como el buen pastor a la ovejita perdida, como el padre bueno al hijo extraviado... No debemos dudar de que nuestras almas a los ojos de Dios y las de todos los paganos del mundo son un tesoro, y no quiere que se pierdan.

El alma también es un tesoro a los ojos de los santos. ¿Qué han sufrido los mártires por salvar su alma? y ¿qué han hecho y están haciendo tantos misioneros y misioneras por salvar las almas del mundo infiel? San Francisco Javier con su ejemplo maravilloso podía respondernos por todos... y ¿qué hacemos nosotros por salvar nuestra alma y la de los demás?

Ejemplos edificantes

Los siguientes ejemplos nos enseñan a imitar a los que son firmes en la fe, por cuanto la salvación propia nos lo exige.

-En la vida del padre Smith, el apóstol de las Montañas Rocosas, leemos que un pastor protestante quería apartar del catolicismo a Ignacio, jefe de los yaquimas. Si vienes con nosotros, le dijo, tendrás 200 piastras. Ignacio le contestó: Es poco. -Añadiré 50

piastras- Es poco -Tendrás todavía 300- Es todavía poco.

Terminemos, ¿cuánto falta?. Di tu mismo qué quieres. La cosa es sencilla: El día que me des el valor de mi alma haré cuanto deseas. Veamos otro ejemplo parecido.

- En las últimas persecuciones del cristianismo en China fue reducido a prisión y conducido a presencia del mandarín un joven de 18 años llamado Pablo Moi. El mandarín sentía gran cariño por el muchacho, por lo que de buena gana lo hubiera librado de la condenación. A este fin le dijo:

Si renuncias a la fe cristiana te regalaré una barra de plata. Contestó Pablo: Una barra de plata no es bastante. Replicó a esto el mandarín: Te daré también una barra de oro. -Tampoco esto basta.

Admirado con esto el mandarín, le preguntó: ¿Qué es pues lo que quieres, necio rapaz?. Pablo contestó con firmeza: -Gran mandarín, si quieres que renuncie a la fe tienes que darme un tesoro de tal valor, que con él pueda comprarme otra alma.

- Felipe VI, rey de Francia, vino en marzo de 1336 a Aviñón a visitar al Papa Benedicto XII. "Santo Padre, dijo el rey, deseo alcanzar de Vuestra Santidad, tal favor". El Papa se recogió un momento en profunda meditación, levantó los ojos al cielo con

honda preocupación, los fijó luego en el monarca francés y dijo con firmeza: "Hijo mío, no os puedo conceder lo que me pedíis; es pecado. Si yo tuviera dos almas, sacrificaría una por vos; pero no tengo más que una, quiero salvarla; no puedo acceder a vuestra petición, es pecado. El alma que tengo quiero guardarla para Dios".

- Cuando en 1936 los soldados navarros salían a la conquista de España para Cristo, cantaban enardecidos:

"No llores, madre, no llores
porque me voy a las armas;
los cuerpos no valen nada,
lo que valen son las almas".

El alma está en peligro

En el cielo sólo se puede entrar por una de dos puertas; por la puerta blanca de la inocencia o por la puerta violeta de la penitencia.

¿Quiénes entran por la puerta de la inocencia? Los que nunca han cometido un pecado mortal, ¡y cuántos serán los que nunca lo han cometido! y ¡cuántos no son los millones de infieles que viven no sólo con el pecado original, sino con innumerables pecados personales!.

La puerta de la inocencia está cerrada para siempre

para innumerables almas, y sólo les queda un camino: la penitencia. Y ¿qué es la penitencia? Dolor del pecado cometido con propósito de no volver a cometerlo.

Penitencia es cambio de mente, cambio de conducta. Aborrecer los principios mundanos y amar los principios cristianos, y ¿cuántos son los que se dedican decididamente a hacer penitencia? De los cristianos que viven en pecado mortal ¿Cuántos no serán? Si estos son muchos de los que viven en él, ¿qué diremos del mundo pagano?.

Tu alma estará en peligro si está manchada con pecados mortales, que son los que destruyen en ella la imagen bellísima de Dios, y si estuviera manchada con el feo vicio de la impureza habrías arrojado a Dios del corazón.

El alma en pecado mortal no es libre, sino esclava de sus pasiones, pues, como dice Jesucristo: *"el que comete el pecado es esclavo del pecado"* (Jn.8,34). ¡Cuántas almas son cadáveres ambulantes por nuestros pueblos y ciudades! *"Tienen el nombre de vivientes, pero en realidad están muertas"* (Apoc. 3,1), porque su alma no vive en gracia.

Pensemos que el árbol estéril que un año y otro no da fruto de vida eterna; la segur ya está puesta a la raíz; el árbol será cortado y echado al fuego inextinguible.

Nosotros no podemos menos de hablar (Hech.4,20)

El Papa Juan Pablo II en su encíclica "Redemptoris missio" nos dice: Con pleno respeto de todas las creencias y sensibilidades, ante todo debemos afirmar con sencillez nuestra fe en Cristo, único Salvador del hombre; fe recibida como un don que proviene de lo alto, sin mérito por nuestra parte. Decimos con San Pablo: *"No me avergüenzo del Evangelio, que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree"* (Rom.1,6).

Los mártires cristianos de todas las épocas -también los de la nuestra- han dado y siguen dando la vida por testimoniar ante los hombres esta fe en Cristo, que se ha proclamado Hijo de Dios....

La Iglesia ofrece a los hombres el Evangelio, documento profético, que responde a las exigencias y aspiraciones del corazón humano y que es siempre "Buena Nueva".

A la pregunta: *¿Para qué la misión?* Respondemos con la fe y la esperanza de la Iglesia: abrirse al amor de Dios es la verdadera liberación de la esclavitud del pecado...

La misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros.

La tentación actual es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del bien vivir... En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral, que abarca al hombre entero y a todos los hombres, abriéndoles a los admirables horizontes de la filiación divina.

¿Por qué la misión? Porque a nosotros como a San Pablo, "se nos ha concedido la gracia de anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo" (Ef.3,8). La novedad de vida en Él es la "Buena Nueva" para el hombre de todo tiempo: a ella han sido llamados y destinados todos los hombres.

La Iglesia, y en ella todo cristiano, no puede responder y conservar para sí esta novedad y riqueza, recibidas de la divina bondad para ser comunicada a todos los hombres.

¿Qué podemos hacer por la salvación de las almas?

Al recordar que son millones y millones de hombres a los cuales no ha llegado la luz del Evangelio, ¿qué podemos hacer nosotros para que se salven? Con los medios más eficaces que podemos cooperar a la salvación de las almas tenemos: la oración, la mortificación o sufrimientos ofrecidos a Dios para este fin, la predicación y ayudas económicas.

La oración es el medio ordinario establecido por Dios para lograr la gracia y con ella ser verdaderos apóstoles. Por su parte, la mortificación o sufrimientos no son menos eficaces. Si Jesucristo nos rescató con su sangre y grandes dolores hasta morir en una cruz para redimirnos, sin duda que ofreciendo nosotros a Dios estos medios de salvación, podremos conseguir la salvación de muchas almas. Veamos algunos ejemplos:

Santa Teresa del Niño Jesús, en el Convento Carmelitano rezaba, sufría y ofrecía sus dolores por los misioneros, y fue mucho el bien que realizó y por sus sacrificios y anhelos de salvar almas la Iglesia la proclamó protectora de todas las misiones.

- Un sacerdote católico, al darse cuenta de que los universitarios de color eran atraídos y conquistados por sectas acatólicas y por masones, comprendió la necesidad de una labor de conquista y se dio a ella con todas sus fuerzas y con todos los medios a su alcance.

Muchísimo logró el sacerdote en este sentido. Tanto, que sus adversarios se alarmaron y escogieron a un chino muy inteligente para que destruyera toda la labor del sacerdote.

El chino fue a éste para que lo instruyera en la religión cristiana, pero fue sincero desde un principio

y le dijo claramente que él quería instruirse para así poderle atacar mejor. Puesta la confianza en Dios, se avino el sacerdote a este contrato. Pero enseguida fue a ver a una joven enferma y le suplicó que ofreciera todos sus dolores en favor de un chino.

Cada día iba éste a instruirse en la religión cristiana, cada día el sacerdote telefoneaba a la enferma y cada día aumentaban los dolores de ésta.

Un día, a una hora desacostumbrada, presentóse el chino y le dijo:

- Padre, no puedo más. Quiero recibir el bautismo.

Enseguida telefoneó a la casa de aquella enferma para comunicarle esta grata noticia, pero recibió esta contestación: "Acaba de morir".

- Otro ejemplo maravilloso de un muchacho lleno de vigor y rebosante de alegría juvenil y cristiana, penetrado del gran bien que se podía hacer con el apostolado del sufrimiento, un día fue atacado por la parálisis, y a sus 17 años debe ser hospitalizado y sometido a un riguroso tratamiento médico que le causa muy graves dolores.

A los pocos días de estar en cama pide que le traigan una esfera terrestre y se la coloquen encima de la mesilla de noche y al alcance de la mano. Algo extrañados se la traen y le preguntan el motivo de su raro capricho; les contesta: "Cuando más agudo es mi

dolor, coloco mi mano encima de la esfera y lo ofrezco, un día, por Asia, otro por África, otro por América, etc...

Al cabo de un tiempo los médicos le anuncian su curación total, y recibe con pena y lágrimas esta noticia, diciendo: "Ya no podré ofrecer más mis sufrimientos por tantas necesidades de las misiones".

Un cuadro conmovedor

Hay en la historia de las misiones cuadros conmovedores que conviene recordar para que se avive en nosotros el amor a los misioneros y el deseo de rezar por ellos. Oigamos este hecho de hace pocos años:

Un Obispo vino de China en busca de apóstoles para aquellas regiones. Reunió a varios seminaristas en la capilla. Entre todos ellos se fijó en uno de inteligencia nada común y de honda piedad. El joven era ya sacerdote y el obispo le llamó:

- Joven, ¿por qué no vienes conmigo a China a predicar el Evangelio de Cristo a aquellas almas abandonadas? Al joven no le cogió por sorpresa la pregunta, pues muchas veces había pensado en ello.

- Señor obispo, le contestó, ese sería mi mayor anhelo; pero tengo madre y ya es viejecita. Soy su

único apoyo. Habrá que esperar a que Dios se acuerde de ella: ese día iré a China.

El obispo calló. Días más tarde estaba el joven sacerdote en su humilde hogar con su madre viejecita, cuando, de pronto, llamaron a la puerta. Apareció allí el obispo chino. La madre lo vio, se arrojó a sus pies y le besó el anillo. La bendijo el prelado, se levantó la vieja, y entonces fue el obispo el que se arrojó a sus pies.

- Mujer, le dijo, vengo a pedirte a tu hijo, pero a pedírtelo para Jesucristo. La santa anciana levantó los brazos y los ojos al cielo y contestó: -¡Para Jesucristo! ¡Para Jesucristo! ¡Llevadlo! ¡Llevadlo! ¡Sólo para Jesucristo!

Días más tarde el hijo embarcaba. La madre se despidió con los brazos trémulos y del muelle corrió a sepultarse en un asilo de ancianos. Su hijo murió mártir en China.

Lo que hacía un niño por las misiones

En un oratorio de salesianos, en España, el sacristán observó que un alumno externo un día y otro se quedaba rezagado, esperando que todos hubieran salido; entonces se dirigía presurosamente a un cepillo y ponía algo dentro. Por fin el sacristán

contó el caso al director del instituto. Este llamó al niño.

-Oye, qué haces tu cada mañana junto al cepillo? Creo que es el destinado a las misiones. -¡Oh, señor director! -contestó el niño con una sonrisa- Pongo el dinero que me dan mis padres para la merienda.

-Pero ¿no tienes hambre? -Sí, siento un poquitín, mas no quiero pensar en ello, y con facilidad lo olvido al jugar.

Ejemplo de otro niño. Un misionero, de visita a su pueblo natal, trabó amistad muy íntima con un niño y al despedirse hicieron pacto de escribirse muy a menudo.

El misionero recibió con regularidad las cartas de su amigo durante mucho tiempo, pero al cabo de unos años, bruscamente, las cartas se interrumpieron. El misionero pensó que, tratándose de un niño, era fácil que el fervor primitivo se apagara, y con esta suposición quedó tranquilo, y no dio mayor importancia al hecho.

Un día volvió a recibir otra carta de aquel niño, y en ella le preguntaba: "¿Tuvo usted el día X una alegría muy grande?"

En efecto, el misionero repasó su diario y en aquel día encontró escrito: "Hoy he tenido la alegría más grande de mi vida: el criado negro de la misión, al

que no habían podido convertir ninguno de mis antecesores, me ha pedido el bautismo"

Era que aquel niño le habían hecho una operación quirúrgica en dicho día y él no la había permitido sino la condición de que fuese a lo vivo.

No hay duda que con la oración y los sufrimientos podemos cooperar a la salvación de las almas.

Valor de la predicación del Evangelio

La predicación del Evangelio es necesaria para adquirir la fe en Jesucristo y su doctrina, que es la que nos puede salvar, pues, como dice San Pablo, *"¿cómo pueden creer en Jesucristo, si nada oyeron hablar de Él?... La fe proviene de la predicación y la predicación por la palabra de Cristo...* (Rom.10,14-17).

El ejemplo siguiente nos habla de un anciano, que hacía 40 años había oído hablar de Cristo y de la Virgen María y estuvo esperando a un misionero católico para ser bautizado y salvarse. Y este fue el caso:

Un día se presentó al vicario apostólico de Yünnan (China) un anciano medio ciego, apoyándose trabajosamente en un bastón. Preguntó al obispo:

-¿Eres cristiano? El prelado le contestó afirmati-

vamente -¿Honras a la Virgen Santísima? - Ciertamente, más que a todos los ángeles y santos, pero no, como es natural, de la misma manera que a Dios, nuestro Señor.

El anciano se postró con los ojos arrasados en lágrimas: Lo he encontrado, dijo.

Después contó que, siendo él el jefe del pueblo, pasó por allí un médico católico que le instruyó en su religión y le dejó una cruz, un catecismo y un devocionario. Le dijo que un día seguramente llegarían misioneros a su pueblo, más no tenía que adherirse a ellos si no honraban a la Virgen María.

- Cuarenta años han pasado desde entonces; fui odiado, perseguido y despojado de mis bienes a causa de mi fe. Me quedan pocos días. Por fin he encontrado el camino para llegar aquí, y he alcanzado mi meta.Te suplico, varón de Dios, me administres el santo bautismo que estoy esperando desde hace cuarenta años.

Su deseo fue cumplido. No pasó mucho tiempo, y el fiel anciano entregó su alma al Señor.

Todos podemos ser misioneros

Todos, ciertamente, podemos ser misioneros, como dice el Papa, con nuestra oración, con nuestros

sacrificios y el testimonio de vida cristiana, y lo podemos ser en el ambiente en que nos movemos con cuantos nos rodean, y especialmente con nuestro buen ejemplo. A este fin, para ser verdaderos apóstoles del bien, todos deben formarse lo mejor posible con el estudio del Catecismo, con el conocimiento de los Evangelios y toda la Historia Sagrada o de la salvación.

No basta, pues, ser buenos, hay que ser apóstoles del bien con la palabra, con la oración y sobre todo con el buen ejemplo. "Las palabras mueven, el ejemplo arrastra". Como dijo Lactancio, apologista cristiano: "Los hombres más que palabras, quieren ejemplos, porque fácil es hablar, difícil es obrar".

A un aprendiz cristiano le preguntó un capellán: -¿Conocen tus compañeros de trabajo el Evangelio? No, no lo conocen. -¿Conocen a Jesucristo? No, no conocen a Jesucristo. -¿Y al Papa? Tam-poco. ¿Y al Señor Obispo? Tampoco. ¿Y al señor cura? Tampoco.

- Pues bien, he aquí que es a ti a quien corresponde el honor de hacer que tus compañeros de trabajo entiendan estas cosas. Conviene que, al verte, se formen una idea de este cristianismo que no conocen. A ti toca irradiar el Evangelio, para viéndote descubran a Dios.

Cada uno puede ser apóstol de sus hermanos, o sea, de cuantos le rodean y hacerles el mayor bien posible con su palabra y con su buen ejemplo.

Termino este pequeño trabajo con aquel hecho famoso de Diógenes, filósofo griego. Este levantó en el mercado de Atenas una elegante tienda sobre la cual se leía la inscripción: *Aquí se vende la sabiduría.*

Tanto llamó la atención esta inscripción a un hombre rico de la ciudad que envió a un criado suyo para que le preguntara cuanta sabiduría le daba por tres piezas de moneda, lo que hoy diríamos una peseta.

Diógenes cogió el dinero y escribió esta sentencia. *En todas las cosas considera el fin.* La máxima pareció tan sabia al rico ateniense que la mandó grabar con letras de oro sobre su casa.

Sin que cueste dinero alguno a mis lectores, quisiera grabar esta sentencia en su alma. El fin de la vida natural es la muerte; pero el fin de la vida sobrenatural no tiene fin, es la vida de la gracia, cuya vida aquí en la tierra, se convertirá de gloria en el cielo.

La vida sobrenatural es la más perfecta, la única que importa, la vida como la llama simplemente el Evangelio.

La vida sobrenatural, que es la vida de la gracia, comienza en el bautismo, y de ella nos hablo

Jesucristo al decirnos: *"Yo he venido para que las almas tengan vida"*, la vida sobrenatural de la gracia (Jn.10,10), y al ver que carecen de esta vida millones y millones de infieles porque todos están sin bautizar y no conocen a Jesucristo, nuestra misión es cooperar a su salvación, y lo hemos de hacer con los medios que están a nuestro alcance.

Ya sabemos el mandato de Cristo: *"Id por el mundo entero, predicad el Evangelio a todas las gentes, porque el que lo creyere y se bautizare se salvará, y el que no lo creyere, se condenará"* (Mc.16,15-16)

Todos podemos dar a conocer el Evangelio para que todos conozcan a Jesucristo y su doctrina; los misioneros ya lo predican directamente al ir a misionar a paises paganos, y nosotros en la retaguardia también lo podemos hacer: ya adquiriendo el mismo Evangelio y poniendo este libro en manos de los más ignorantes; más también nosotros aun los católicos formados debiéramos leer cada día un capítulo o dos. Si fuéramos constantes en hacerlo diariamente al cabo de uno o dos años sabríamos el contenido esencial de la Biblia. Yo recomiendo que se empiece por el Evangelio de San Mateo hasta terminar el Nuevo Testamento, y luego seguir leyendo la Biblia empezando por los libros más fáciles, como he explicado

ya varias veces, y si esto hacemos habremos conocido mejor a Jesucristo, y el capítulo o dos diarios de la Biblia, a la vez que nos sirven de lectura espiritual y meditación, nos enfervorizará y terminaremos siendo católicos prácticos y verdaderos misioneros. En todas tus cosas mira al fin para el que Dios nos ha creado.

Laudetur Iesuschristus=Alabado sea Jesucristo